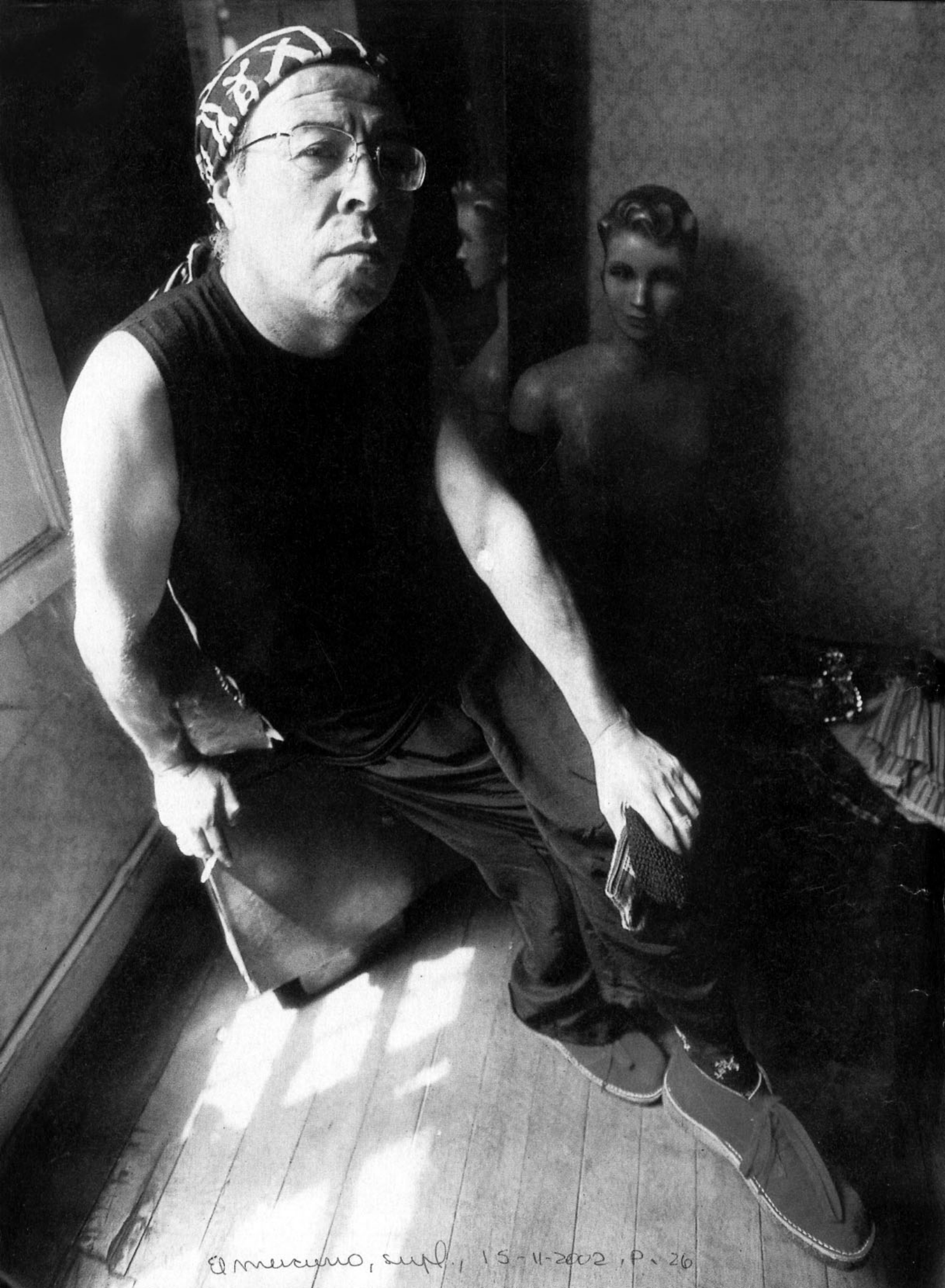


El mercurio, supl., 15-11-2002, p. 26

UN DÍA CON LEMEBEL

Con Pedro por su casa

Dice que está cansado, que quiere irse luego. Después, promete Lemebel para rato. Así es este escritor que lleva cuarenta semanas encabezando la lista de los súper ventas en Chile: fiesta y despedida, historias que no terminan y silencio apesadumbrado. Fuimos su sombra por un día y vivimos con él sus carnavales y adioses.

TEXTO: SOLEDAD MARAMBIO
FOTOS: JORGE SÁNCHEZ

"No necesito disfraz/ aquí está mi cara/ hablo por mi diferencia/ defiendo lo que soy/ y no soy tan raro...", escribió Lemebel en su manifiesto de 1986. Ahora viene caminando por la calle Loreto, "pasos de colibrí" –como dice él–, pantalones y polera negra, zapatos rojos y pañuelo al viento. Se sienta en una mesa del restaurante El Toro, le agarra la guatita al mozo que es su amigo, y pide su desayuno.

–Me acaban de entregar el resultado del examen del sida. Adivinen, ¿tengo o no tengo?

Soltamos un "no", bien seguro. Por su cara de fiesta o por la sonrisa con que muestra el parche del pinchazo.

–No, po'h. Soy tan desgraciao' y quemao' que ni sida tengo... eso significa que soy una persona muy sola.

–¿No tienes pareja ahora?

"Mi amor, nunca he tenido pareja. No conozco la palabra amor... El amor es tan ordinario, si hasta los CNI se enamoran, pero yo creo que la vida me va a quedar debiendo esto".

No es que nunca se haya enamorado, porque Lemebel es de grandes pasiones. Como cuando conoció y se prendó del Tebo. Era la época de las Yeguas del Apocalipsis. Esa en la que con Pancho Casas, y a punta de performances, volvían loco al underground chileno: "Yo me quebraba. Nosotros ni mirábamos a Los Prisioneros, éramos más prestigiosos en ese tiempo".

Fue en esos años, a fines de los ochenta, cuando una amiga que tenía una pensión lo llamó para decirle que había llegado un "cabro" que le iba a gustar.

–Fui a conocer al perico. Se abre la puerta y aparece este loco, con una cara como de apache. Yo me quedé ahhhh... "La virgen", pensé, él me dijo "qué onda, loco" y a los cinco minutos ya éramos íntimos. Me hizo pasar a su pieza, que tenía una ventana que daba a Vicuña Mackenna. Lo hice mirar el vidrio, le dibujé un corazón y le dije que para el día de su cumpleaños, a las doce de la noche, mirara por la ventana. Ahí estaba yo, en Vicuña, en medio de un corazón de fuego, en pelotas y con una foto de él en el pecho, con las micros dando bocinazos detrás mío. Él quedó pa' dentro y bajó corriendo con una frazada y me dijo "pucha, Pedro, te pasaste".

Después de eso al Tebo lo echaron de la pensión. Y después de los pétalos de flores en la escalera, del Pedro subiendo y bajándose de las micros al mismo tiempo que él, lo pateó su polola: "Y no porque se pusiera a pololear conmigo, porque en verdad, nunca pasó nada entre nosotros... Aunque yo pienso que él me amó a su manera".

Antes de que el pan se acabe, la mirada de carnaval se detiene en el chofer del diario que va a estar todo el día como parte de la sombra: "Tiene cara de Juanito, ¿o no? ¿Cómo te llamái?". Espera la respuesta y vuelve sobre el sándwich que ya se acaba.

Después del tardío desayuno, Pedro parte a comprar flores para llevarle a su mamá. Antes de cruzar la calle se le escapa un mechoncito blanco bajo el pañuelo. Se lo guarda y cuenta que después de que ella se murió, hace ya diez meses, el pelo se le puso blanco entero. Claro que ya lo tenía corto, porque su cola de caballo se fue la misma noche que Violeta Lemebel.

595494

–Yo estaba como autómata, no entendía nada. La Gladys (Marín) me peló esa noche y estuvo conmigo hasta como a las cuatro de la mañana y el día después, y el de después.

Ella es una de sus grandes amigas, por eso estuvo tan cerca en ese dolor que pegó fuerte en el narrador. "Casi todos los homosexuales son misóginos, les cargan las mujeres, les tienen bronca, y esa es una guevá que yo no tengo. Yo he hecho mi vida con mujeres. Tengo graaaandes amigas, yo, a veces, me entretengo más con mujeres que con homosexuales. Lo paso muy bien con las viejas porque tienen cuento, más locura. Mi mamá era así. Yo le decía 'mamá, vamos a la luna' y estábamos haciendo un cohete al otro día, no importaba ni cómo, ni cuándo, ella se embarcaba. Mi papá no. Él es más calculador, 'pero cómo, capaz que se caiga, se incendie, capaz que tiemble'. Tiene eso él. Mi mamá era de esa locura de hacer cualquier cosa".

Por eso, Pedro Mardones Lemebel, el que ganó un concurso de cuentos en 1982, se dio vuelta. El "Lemebel" que está al final en el carné, pasó adelante en libros y crónicas. Saludo a la madre, a la abuela, tal vez a él mismo, que tanto de ella tiene.

En 1986 publicó *Los incontables*, un libro que fue su primer asomo a la ficción. La que dejó en 1995 con *La esquina es mi corazón*, un conjunto de crónicas que acaba de ser reeditado. Fue con su forma de ver las calles y la historia, que Pedro comenzó a consagrar el apellido de su madre.

Pedrito, el del barrio

–Oiga, no me gustaron los lentes con que salió en el diario –se le acerca su casero de las flores. Lemebel se ríe y se saca los anteojos de sol, que tienen brillos en las esquinas.

–Parece que eran los mismos... Nooo, si están bonitos. ¿Flores para su mamá?

El casero hace un ramo con las que escoge Pedro y le regala una margarita que todavía no abre. "Estos son mis barrios", dice el escritor, después de que una pareja se detiene a saludarlo. "Pero no se crean, también soy popular en el barrio alto, pero allá no se te acercan, allá hacen..." y estira la boca y levanta las cejas como apuntando a alguien.

"Me gusta por aquí porque tengo al lado Plaza Italia, todo el centro, el cerro, la Vega, donde almuerzo exquisito por súper poca plata. Y además puedo andar por todos lados a pie. Eso es impagable".

Pero ahora andamos en auto. Partimos a Le Trianon, donde Candy Dubois iluminó tantas noches del under. Pedro quiere ver a Mona Montecarlo, la socia y amiga de Candy: "Tan regia ella". Allá también lo espera Marcia Alejandra, otra de las buenas amigas de Lemebel, una que, hace ya bastante tiempo, fue un gran amigo.

Le Trianon tiene el escenario vacío y callado, pero las mesas se llenan del menú del día y de los correspondientes comensales. Sale Mona a saludar y Pedro le regala la margarita. Mientras conversan llega Marcia, con su voz fuerte y su pelo bien rubio.

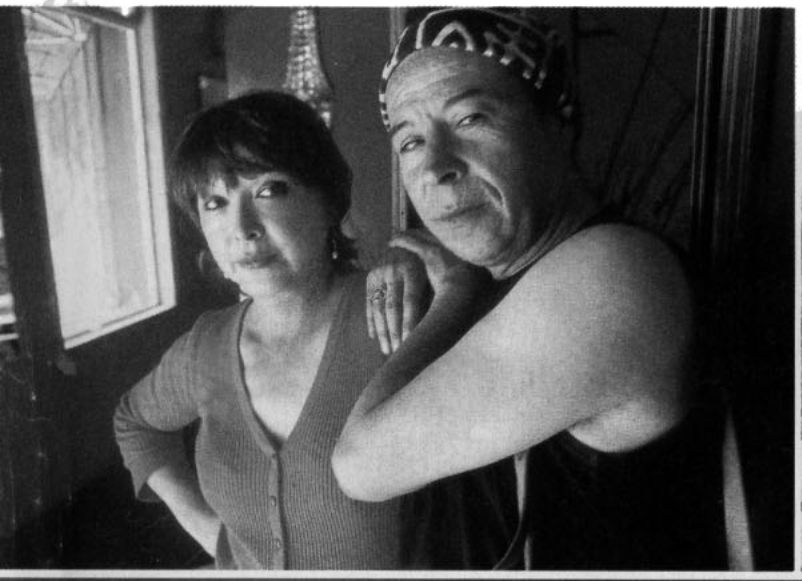
–Oye, la Marcia es la primera operada de Latinoamérica –la promociona Pedro.

–Yo me estaba operando para el *tanquetazo*. Imagínate que llegaron a buscar gallos a los hospitales y entraron a donde yo estaba y me dijeron "¿Qué se está haciendo usted?, ¿un aborto?". Y cómo les explicaba yo que la gallina no tenía dientes.

Las risotadas de Pedro y Marcia se ganan todo el aire. Mientras tomamos la Panamericana para ir al Cementerio Metropolitano, Pedro no para de narrar y Marcia, quien por estos días debe estar de vuelta en su Antofagasta natal, no se queda atrás.

Mientras pasamos por San Miguel, Pedro muestra los bloques donde vivió con sus papás: "Me gueveaban más que la cresta en la población. Bueno, yo creo que se me notaba desde chico... No sé si a uno se le nota lo homosexual o se le nota algo diferente: el mirar, el caminar. Pero también tiene que ver con que yo me hice esa postura frente a la vida porque los niños, cuando son muy niños, tienen una polisexualidad, entonces pareciera que yo por porfía al patrón macho que se me imponía: camina como hombre, actúa como hombre, habla como hombre, me hice maricón", carcajea. "Pero sabís que no es una tesis tan equivocada porque tiene que ver con mi actitud frente a la vida y al mundo que he desarrollado después". Y es bien porfiado. Y también brillante y ruidoso como un baile de máscaras, y callado y triste como fin de carnaval.

Vivió en la misma población que Camilo Escalona: "A mí me gustaba él, porque el Camilo era bonito. Era una población de mapuches, de mapuches panaderos y el Camilo era el único de ojos veeerdes, y como uno es arribista", la risa que le viene fácil de nuevo hace su entrada en escena. "Yo esto lo hice crónica. Conté que después del exilio, él nunca volvió a la pobla. Él era la estrella, el famoso. Todos pensaban que iba a volver a tomarse fotos con los viejos, pero no apareció. Y lo escribí y él dijo que yo era un canalla", se sorprende. Dice que no está en contra de la gente que se renueva por-



El escritor y Mona Montecarlo en Le Trianon, sin fiesta y sin Candy.

Pedro y su amiga Marcia arreglan las flores para Violeta Lemebel.

que todo se renueva siempre, pero hay formas y formas: "Imagínate que yo renegara de la gente que lee mis libros... Yo al rico jamás me humillo, mi amor, pero con los pobres me quito el sombrero, como dice la canción".

Ahora él también es famoso, aunque diga "¡a dónde, niña!". Si hasta en su ex pobla las risitas que antes se le pegaban en la espalda son ahora exclamaciones de "ay, el escritor".

El escritor, narrador, cronista, nació en la calle. "Estuve en todo tipo de colegios. Y en todos me guevearon. Pasé por el Barros Borgoño, por comerciales e industriales, ¡imagínate yo, golpeando fierros calientes cual Vulcano! Me quemé todos los dedos, así es que opté por hacer la cimarra tupido y parejo. Me iba a recorrer el centro, las galerías, las calles. Allí aprendí a observar, a descubrir la ciudad y su gente. Creo que de ahí salí cronista".

Pedro lleva a Marcia a conocer a una de sus grandes amigas, Gladys Marín.

En la punta del cerro San Cristóbal, hablando de amores y viajes.

Tu voz, tu voz

–Yo no la conocí pero debe haber sido un amor –dice Marcia mientras va con Pedro a buscar agua para las flores.

–Yo le hablaba harto de ti –le contesta él, mientras pasan entre las tumbas bajitas que se colorean de pétalos, remolinos y hasta de luces: "Por este lado del cementerio hay muchas tumbas de gitanos. Por eso es tan festivo. Estoy seguro de que a mi mami le encanta esta compañía".

El escritor se sube al nicho de Violeta, arregla los maceteros con cardenales, coloca las flores que Marcia le va pasando. El carnaval se termina por un rato. Las historias también. Callado se baja de la tumba y se la queda mirando. Hay un poco de agua a los pies de su mamá. Se moja la palma y la estampa justo abajo de donde se lee "Violeta Lemebel".

–Ya, vamos –dice Pedro y camina rápido hasta el auto. Adentro, Marcia le toma la mano mientras él mira por la ventana. Quiere hablar con Gladys Marín. "Aló, querida, es el Pedro. Oye, ¿dónde estás? Quiero verte un ratito que sea y presentarte a la Marcia Alejandra... Ya, vamos para allá". Salimos del cementerio. Callados.

–Me da tanta pena. Todo era por ella... Me han salido hartos viajes ahora último, pero me cuesta. Siempre cuando salía le traía algo. Y cuando viajé después de que ella ya no estuvo, igual le compré cosas... Como que se me olvida que no está.

Ella murió tres días después del lanzamiento de *Tengo miedo torero*, la primera novela de Pedro. La misma que la prestigiosa editorial Anagrama publicó en España y que en unos meses más será traducida al francés y editada por Denöel, del grupo Gallimard. Esa es una gran pena para el escritor: "el éxito me llega tarde", dice porque Violeta no está para verlo.

De a poco se va animando: "Después de ir a ver a la Gladys vamos a ir a Le Trianon a dejar a Marcia y a tomarnos una cervecita. Para componer, digo yo".

–A mí me gusta el fanschop. Es como champaña de puta en domingo –dice Marcia.

–Yo prefiero el schop con bilz –retruca Pedro.

–Es buena mezcla esa: dulce y amarga.

–Es que tú eres dulce, Marcia.

–¿Y tú, Pedro?

"Amarga dicen que soy".

–¿Pero qué dices tú?

"Amarga, porque la vida me ha hecho así".

–Pero se te ve tan alegre.

"Es que la procesión va por dentro, mi amor".

Gladys Marín está en la YMCA, adonde va a nadar. Está rodeada de cabros chicos que le gritan "tía Gladys" mientras le piden autógrafos. Algunos reconocen a Lemebel y se acercan a saludarlo. Pedro espera que se desocupe la dirigenta.

–Gladys, querida, me hice el examen y estoy cero kilómetros –ella lo abraza. Pedro le presenta a su amiga Marcia: "Es la primera operada, niña". Y ella comienza a hablar al tiro y le muestra las pechugas que se acaba de "recauchar". Son cinco minutos y se acaba la visita. Gladys al agua, Pedro y Marcia a Le Trianon.

–Monita, vamos a querer una cerveza, pero al Juanito no le vamos a dar –y mira coqueto al chofer, que se pone nervioso. La televisión está prendida y en el noticiero de las dos de la tarde, anuncian que el escritor Pedro Lemebel va a estar esa noche en la Feria del Libro de Viña del Mar. "Viste, Juanito, soy famoso", se ríe. Marcia se queda en Le Trianon y nosotros seguimos.

Pedro quiere andar en funicular. Hace tiempo que no se da una de esas escapadas, solo, con un par de cervezas, en las que mira Santiago desde las alturas del San Cristóbal. Mientras el carro trepa, el cielo se va cubriendo: "Bah, se nubló. ¿Se habrá muerto Pinochet?". Se ríe y la gente que va en el funicular se ríe también, bajito, sin mirarlo.

Este no es un día como todos los del es-

Antes de partir a la Feria del Libro de Viña, Pedro se da una manito de gato: "En dos minutos, como puta de esquina", dice.

critor. Es que ninguno se parece mucho al otro. Sólo se asemeja a esos en los que se queda mirando el techo de su casa, esa que su mamá le dijo que se comprara después de que se ganó la beca Guggenheim. Porque el escritor vivió con sus papás hasta que Violeta murió. "Tengo días bien depre, por lo de mi mami... Yo me quisiera ir luego también. Perdí la fantasía", explica.

Llegamos arriba en silencio. Prende un cigarro y comienza a hablar sobre sus viajes a Perú, sobre el Papa cuando estuvo en el parque La Bandera y sobre unas performances que hizo con el Tebo, su antiguo amor, en la punta del cerro. Fin del cigarro y vamos para abajo.

Se tiene que ir a duchar y a hacer su bolso para partir a Viña: "Oye, Juanito, ¿vas a ir?", le pregunta al chofer... "qué bueno, para que me alegres la noche". Lo dejamos en la ducha, y nos sentamos a esperar afuera de su casa, en un silloncito de mimbre blanco que se enmarca entre flores. Ese mismo sillón lo ha hecho pelear con su vecina, una señora que, según él, siempre llama a carabineros cuando Pedro tiene fiesta. "Un día que yo no estaba, se puso a llover. Llegué al rato y la vecina le había puesto un plástico a mi sillón. Qué querís que le haga, me enterneció la vieja".

Duchado y con el bolso listo se sube al auto del gerente de la editorial Planeta.

Pat cuánto es esta cuestión –pregunta Pedro.

–"Patfainder" –le responden Bartolo Ortiz, el gerente, y Malala, la relacionadora pública de la editorial.

–¡Pat... ah!, no importa.

Mientras vamos por la carretera, Pedro pone música. Primero suena Paquita la del barrio, con su voz mexicanota cantando que "un cigarro vale más que tú", después la sigue la peruana Lucha Reyes. Dulce, empieza "inútil es decir que te he olvidado porque tu voz, tu voz, tu voz existe...". Pedro deja de cantar a voz en cuello y se echa para atrás. Después se apoya en la ventana y llora, bajito. Se seca la cara con el pañuelo que le regaló la Malala antes de salir. "Me emocioné porque me di cuenta de que la voz de los muertos no vuelve nunca más".

Las chicas de Pedro

"Bartolo, tengo hambre, me voy a desmayar y va a salir en *El Mercurio*". Paramos a comer un pan y después seguimos camino. Cuando llegamos a Viña, Pedro sube rápido a su pieza y se pone una túnica blanca que le trajo la Malala desde Egipto, un tocado de perlas de Patronato y zapatos blancos, con taco. Se maquilla como Cleopatra: "En dos minutos, como puta de esquina", dice.

El "patfainder" de Bartolo vuela a la Feria del Libro. Todo el mundo espera a Pedro. Sube al escenario con una petaca de whisky y se larga a leer. Todos lo celebran. Él, feliz, promete Lemebel para rato. Después de un par de bises, se va al stand de Planeta a firmar libros. En eso está como dos horas. La fila no se acaba nunca y para cada uno de los que pasa tiene un par de palabras y una sonrisa, harto más apasionada si el dueño del libro es hombre.

Se termina la feria y con la Malala se va al hotel. Nosotros, sombra persistente, los miramos mientras se arreglan para ir a Valparaíso. "Juanito, ¿me veo bien?", pregunta mientras se coloca un tocado de perlas plateadas. "Sí", le contesta él.

Abajo lo espera Joanna Skármeta, su representante y amiga, con dos personas más: "Oye, te traje un chaleco", le dice. "Ay, pero ya tengo uno... No importa lo llevo igual", le contesta Pedro.

–Negrito, vamos –le dice la Malala.

Primera parada, el Jota Cruz. Una cola enorme hace desistir a todos de entrar por una chorrillana. Probamos en dos lugares más que entre llenos y cerrados nos dejan en nada. "¡Yo quiero un caldillo de congrio!", anuncia Lemebel tirado de guata en la calle, mientras pega unos pataleos. Se levanta dando carcajadas y con ojos repletos de fiesta.

Al final llegamos al Brighton, donde una mesa, que se empina sobre el puerto, nos espera.

–No hay caldillo. Pero no importa porque teníamos que estar aquí –dice Pedro.

Después de hacer los pedidos aparece el dueño a saludarlo. Y el escritor nos presenta a todos "... la Malala, la Joanna... y Juanito, mi pololo". Y el conductor saluda sin decir nada. El carnaval está en pleno. Y así se va la noche, entre historias. Las manos de Pedro se mueven hablando. A esta hora ya no hay tiempo para que se acabe la fiesta. ■